

por los alrededores le miraron sin darle nada; á otro individuo joven que fué conducido al mismo sitio, diósele poco de comer, de modo que gritaba continuamente; pero ninguna ave cantora ni nevática se compadeció de él. «A fin de asegurarme mas, trasladé el cuclillo desde el tejado á unos matorrales donde había numerosas avencillas, y despues de ponerle sobre una rama sin atarle, pues apenas podía volar, esperé largo tiempo. El cuclillo gritaba á cuello tendido, hasta que al fin apareció una curruca con un insecto en el pico; acercóse á mi ave, miróla algun tiempo, y fué á llevar la presa á sus hijuelos, que se hallaban muy cerca de allí: no se acercó ninguna ave mas.» Bien vemos que los hechos contradicen las bonitas historias de Bechstein.

Los cuclillos que se cogen en el nido déjanse criar fácilmente; se contentan con toda clase de alimento conveniente, y solo exigen la abundancia. Sin embargo, no tienen nada de recomendable para la cautividad; son tan voraces, que esto basta para que molesten. Cuando se cogen muy pequeños domesticanse pronto; pero los adultos se defienden por miedo cuando se acerca un hombre; levantan las alas como aves de rapiña y dan á veces tambien picotazos á la mano que les ofrece alimento. Bechstein y despues de él otros observadores, califican por eso al cuclillo pequeño de perverso, pero esto es una calumnia.

«Verdad es, dice mi padre, que abre el pico y adelanta la cabeza, pero únicamente lo hace cuando quiere asustar á su enemigo, ó en el caso de estar hambriento, lo cual le sucede siempre.» En cuanto á mí, debo decir que todos los individuos que tuve cautivos no eran malignos, ni tampoco he observado en ellos nada del odio que, segun Naumann, parecen profesar á las demás aves. Mi cuclillo vive con loros, picos cruzados, cardenales, alondras, calandrias, abubillas y palomas calzadas, y ha estado largo tiempo en una misma jaula con pequeños fringilos de Africa, sin que haya causado nunca el menor daño á ninguna de estas aves, al menos que yo sepa. Hasta los cuclillos que se cogen cuando son viejos se domestican bastante pronto. Dehe tuyo una hembra que al cabo de tres dias salia al encuentro de su amo cuando le llevaba de comer.

Muy singular es que el cuclillo cautivo no produzca su grito en la jaula; de todos los que yo he cuidado, y cuyo número es bastante considerable, no he oído á uno solo, ni tampoco tengo noticia de lo contrario, como no sea la de Brucklacher, quien pretende que deja oír su voz. Sin embargo, este observador añade que su cuclillo domesticado solo producía una vez el grito característico.

El cuclillo adulto tiene pocos enemigos: la agilidad de su vuelo le pone á salvo de la mayor parte de los halcones, y sin duda se escapa siempre de los carniceros trepadores. Debe sufrir, sin embargo, las impertinencias de las aves pequeñas, no solamente de las especies á que confía por lo regular sus huevos, sino tambien de otras. En primera línea figuran entre ellas las valerosas neváticas que le acosan del modo dicho tan luego como se deja ver. Además he visto que le acometían los oriólidos, los diferentes lánidos, el gran muscicápido, el hipolais, y en fin, las curruca. Segun las observaciones de Walter, hasta el pico verde le ataca, y por cierto mas seriamente que las aves antes citadas. Este excelente volador alcanza al cuclillo fugitivo, y le espanta al fin de tal modo, que el perseguido no sabe qué hacer. Walter vió cierto dia un cuclillo que acosado por un pico verde se refugió en el único árbol que había en su camino; pero su perseguidor le siguió, obligándole á emprender desde luego la fuga hácia el bosque, distante unos cincuenta pasos de aquel árbol; á los pocos momentos le alcanzó otra vez, y acometióle con tal ímpetu, que el cuclillo se vió precisado á descender contra su costum-

bre al campo raso, lo cual no impidió que el pico le siguiera. Una espesura ocultó á las dos aves á la vista de Walter, que solo vió un bulto en el suelo, y cuando pudo acercarse, ya habían desaparecido. Además de tales adversarios y de varios parásitos, el cuclillo adulto sufre la persecucion de las rapaces de vuelo ligero, aunque no tanto como podría suponerse. En cambio tiene muchos enemigos cuando es pequeño y aun en el nido. Los zorros, gatos, martas, comadrejas, ratones, cuervos, garrúlicos y otros ladrones de nidos descubren la voraz avencilla mas fácilmente aun que los habitantes legítimos del nido, y considéranla como buena presa. Tambien el hombre se asocia en ciertas regiones, ya por ignorancia ó supersticion, á tantos enemigos. Segun cierta creencia popular, el cuclillo se transforma durante el invierno en halcon, y el matar á este parece mas bien un mérito que una crueldad. Solo cuando escapa sin contratiempo del nido parece mas asegurada la existencia de esta ave: guárdase entonces del hombre, y es muy difícil engañarla cuando no se sabe imitar perfectamente su voz. Mas difícil aun es apoderarse de un cuclillo adulto vivo; yo no conozco ninguna manera de cogerle, y sin embargo debe haber, pues en Grecia, donde se come y se considera como golosina al cuclillo, se llevan á fines de julio individuos bien gordos al mercado, los cuales se habrán cogido seguramente vivos.

UTILIDAD.—Creo prestar un servicio recomendando á todos que protejan al cuclillo gris: no debería faltar en ningún bosque, pues no solo le anima, sino que contribuye notablemente á su buena conservacion.

El corazon nos dice que la primavera no llega hasta que el cuclillo canta; el espíritu nos indica que este grito sonoro tiene un significado mucho mas importante aun. «¿Dónde está el corazon humano, dice Eugenio de Homeyer, que á no estar poseido del mas abominable egoismo, no se sienta poseido de alegría al oír el grito del cuclillo por primera vez en la primavera? Jóvenes y viejos, pobres y ricos escuchan con igual placer su sonora voz. Si solo se pudiera decir del cuclillo que es el verdadero precursor de la primavera, esta sola circunstancia bastaria ya para hacerle digno de la proteccion humana; pero es tambien uno de los mas útiles exterminadores de muchos insectos dañinos que no tienen otro enemigo.» La voz del cuclillo es la señal de que vuelve uno de los mejores guardianes de nuestros bosques. Se alimenta de insectos de toda especie, y en casos excepcionales de frutos, exterminando sobre todo los animales que desprecian los demás insectívoros, cual son las orugas vellosas.

Segun las observaciones de Liebe, prefiere sin embargo las orugas lisas y de tamaño regular á las vellosas y grandes; pero en su insaciable voracidad es por lo regular poco exigente. «Come por lo tanto, las orugas vellosas, dice Liebe, sin reparo alguno; pero siempre le cuesta mucho trabajo y tiempo. Así como lo hacen otros varios insectívoros, hace pasar por el pico las orugas con mucha habilidad, mascándolas de continuo hácia atrás y adelante en posicion transversal, para poder tragarlas mas cómodamente. Sacude las grandes orugas de un modo tan extraño, que á primera vista se pudiera creer este movimiento torpe y pesado, pero es del todo conveniente: alarga la cabeza mucho horizontalmente, coge la oruga por una extremidad y la golpea, no contra el suelo, ni contra la rama donde está posado, sino en el aire, describiendo con el pico una línea que corresponde perfectamente á la que la mano forma al chasquear á derecha é izquierda el látigo. Así consigue no solo matar y estirar completamente la oruga, sino extraer tambien el contenido acuoso. En un cuclillo cautivo no se puede observar este procedimiento á poca distancia, porque el ave mancha al observador la cara y la ropa con el líquido sangriento, aunque no se ensucia á sí propia,

gracias á la destreza de sus movimientos. Antes de comer la oruga, pásala de diez á quince veces por el pico y la sacude al aire.»

A pesar de estos cuidadosos preparativos come relativamente mucho y se hace por lo mismo muy útil. Sabido es que entre las orugas vellosas hay algunas que ocasionan mucho daño en los bosques y que se multiplican rápidamente; su mas encarnizado, ó casi único enemigo eficaz, es el cuclillo, y por su insaciable voracidad debería apreciarle todo guarda-bosque inteligente, porque esta ave puede hacer mas para el exterminio de esos insectos dañinos, de lo que jamás haría el hombre.

La siguiente observacion de E. Homeyer es una prueba de ello.

A principios de julio de 1848, aparecieron varios cuclillos en un pinar de mas de treinta fanegas de tierra, y algunos dias despues aumentó de tal manera su número, que Homeyer fijó en el hecho su atencion, pues no habría menos de cien individuos. Aquella reunion era debida á la presencia de una infinidad de orugas de pino (*liparis monacha*): los cuclillos encontraban allí el alimento en abundancia, y habían interrumpido su comenzado viaje para utilizar tan feliz hallazgo. Cada individuo se ocupaba con afan en buscar su alimento, y en un minuto se tragaba mas de diez orugas. «Cálculense, dice Homeyer, solo dos orugas por ave y por minuto, y tendremos para cien individuos, en un dia de diez y seis horas (mes de julio) 192,000 orugas; los cuclillos habían estado quince dias en la localidad, y el número de insectos devorados pudo elevarse por consiguiente á 2.880,000: la disminucion fué, con efecto, tan notable, que se hubiera creído que las aves habían exterminado todas las orugas: mas tarde no se vió ya señal de ellas.»

Esta observacion del excelente naturalista no es de ningún modo aislada. El que observa atentamente en verano un bosque invadido por orugas, verá que los cuclillos, libres ya de sus ocupaciones amorosas, acuden de todas partes para satisfacer su voracidad. Cuando la cria de estos insectos sale del nido, los cuclillos no bastan tampoco para exterminarlos, pero al menos pueden disminuirlos, sin contar el caso de que destruyen los nidos mismos. Por eso es el deber de todo hombre racional dejar al bosque sus guardianes y á nosotros el heraldo de la primavera; su obligacion es protegerle y cuidarle tanto como le sea posible, combatiendo siempre en todas partes la falsa opinion de que esta ave podría hacer daño.

LOS COCCISTIDOS—COCCYSTES

A principios del siglo, un negociante de Lubben, en el valle del Spree, llamado Muller, recibió noticia de que, no lejos de su casa se habían posado dos aves muy extrañas en un bosque pantanoso. Atendiendo á la indicacion, dirigióse al sitio, y vió efectivamente dos aves muy recelosas y tímidas, semejantes al cuclillo, que volaban de un árbol á otro gritando con fuerza. Los sonidos no se parecían en nada á los que emite el cuclillo gris y recordaban mas bien los del pico. El negociante consiguió matar una de aquellas aves, pero asustada la otra por la detonacion, cobró miedo y no pudo ser habida. El ave muerta fué despues presentada á mi padre, quien trazó su descripcion, llamándole *cuclillo de cola larga*. Mas tarde se reconoció que había sido descrita por Linneo con el nombre de *cuculus glandarius*; pero de todos modos, mi padre fué el primero en señalarla en Alemania, y me estaba reservado el dar á conocer su manera de reproducirse.

CARACTÉRES.—Los coccistidos tienen el cuerpo pro-

longado; el pico del mismo largo que la cabeza, poco mas ó menos, ancho y grueso en la base, muy comprimido lateralmente y encorvado; las patas fuertes y relativamente largas, cubiertas de plumas por delante hasta debajo de la articulacion tibio tarsiana y desnudas por detrás; las alas regulares, con la tercera rémige mas prolongada; la cola mas larga que el cuerpo, cónica, de plumas estrechas, alcanzando apenas las externas el centro de las medias; el plumaje liso, y la cabeza adornada de una especie de moño. Los dos sexos revisiten el mismo plumaje, que varía un poco con la edad.

Este género es uno de los mas ricos de la familia, aunque se hayan separado diversos cuculidos que Gloger agrupó.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Los coccistidos son propios de Africa.

EL COCCISTES GRAJO—COCCYSTES GLANDARIUS

CARACTÉRES.—El coccistes grajo ó manchado tiene la cabeza gris cenicienta; el lomo y el vientre gris pardo; la garganta, los lados del cuello y del pecho de un amarillo leonado que tira al rojizo; las cobijas de las alas y las rémiges secundarias presentan en su extremidad una extensa mancha blanca triangular; el ojo es pardo oscuro; el pico purpura; las patas de un gris verdoso. El coccistes grajo mide unos 0",40 de largo, el ala 0",21 y la cola 0",225.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Esta ave es originaria de Africa: abunda en ciertos puntos de la Nubia y de Egipto, tampoco escasea en Arabia y Palestina. En Persia es muy frecuente en algunos años, muy rara en otros. Se la encuentra en Argel, desde donde pasa á Europa todos los años, mas ó menos regularmente. Anida en España; déjase ver con bastante frecuencia en Italia, y mas raras veces en Grecia; probablemente se la ve en todo el mediodía de Europa. Segun mis observaciones, aparece anualmente en Alejandria durante la época de la emigracion; muy raras veces se presenta en Alemania; hasta ahora solo se conocen dos casos de que se la haya cazado aquí. Tiene costumbre de invernar en las selvas vírgenes del Africa central, donde la he cazado á menudo. Únicamente los individuos que anidan en Europa emigran tan lejos hácia el sur; los que viven en Egipto no abandonan el país durante el invierno.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—El coccistes grajo busca en Egipto los bosquecillos de mimosas diseminados en el valle del Nilo; en uno de un cuarto de legua de perímetro, suelen encontrarse hasta ocho y diez parejas de estas aves, mientras que en otras comarcas se recorren grandes extensiones de terreno sin ver un solo individuo.

En Palestina, donde el coccistes grajo es casi tan frecuente como en el Egipto, habita, segun Tristram, en los bosques escasos, todos de encinas, donde se presenta á fines de febrero, abandonándolos á mediados del otoño. En España fija su residencia en puntos análogos, mientras que en el interior del Africa, y sobre todo en el rio de las Gacelas, segun Heuglin, habita vastas llanuras donde abundan las gramíneas. Evita el desierto y las montañas altas, y tampoco le agradan las estepas desprovistas de árboles; al contrario de nuestro cuclillo, raras veces se le encuentra aislado.

Ignoro si el período del celo ejerce alguna influencia en sus costumbres sociales; solo puedo decir que en esta época encontré coccistes reunidos, aunque no vivian pacíficamente entre sí. Allen, que ha recorrido el Africa despues que yo, dice que se encuentran comunmente apareados; Heuglin dice no haberlos visto mas que solitarios; pero yo opino que viven reunidos por regla general, constituyendo una excepcion los que permanecen solos.

En cuanto á los usos y costumbres, el coccistes grajo apenas ofrece analogía con el cuclillo; vuela casi como él; pero en todo lo demás difiere notablemente. Habita un dominio mucho menos extenso; vuela con mucha mas frecuencia al mismo sitio, mas no se le puede comparar en este concepto con el cuclillo. Los machos se persiguen con ardor, gritan fuertemente, y empeñan luchas encarnizadas aunque sin desplegar nunca la rabia que anima al cuclillo.

El vuelo del grajo es ligero y rápido: el ave pasa con la celeridad del gavilán á través de la mas compacta espesura, sin detenerse un instante, y de ordinario no va léjos; solo cuando dos machos se persiguen franquean grandes espacios. Rara vez se posa esta ave en tierra, por lo menos yo no la he visto nunca hacerlo, pero en cambio he presenciado á menudo cómo coge su presa, volando á ras del suelo. Si la espantan se dirige á un árbol, se interna en el follaje y espera al cazador; cuando el peligro se acerca, deslízase silenciosamente entre las ramas y abandona el árbol por el lado opuesto, consiguiendo así desorientar muchas veces al perseguidor.

Su voz, distinta de la del cuclillo, consiste en una especie de carcajada que recuerda el grito de la urraca, y que Allen expresa por *kiau kiau*; su grito de llamada, que no he oído, parece ser *kerk kerk*. Lo suele producir con tanta fuerza y tan repetidamente, que se oye desde léjos y no es fácil confundirle con ningun otro.

En el estómago de los individuos que yo maté he hallado insectos de toda especie y orugas. Allen encontró principalmente langostas.

Heuglin designa mariposas, orugas, arañas, langostas y escarabajos como presa ordinaria del ave y añade que á menudo el estómago está, como el de nuestro cuclillo, cubierto de una espesa capa de vellos de orugas.

No se sabia á punto fijo si el coccistes grajo anidaba ó ponía sus huevos en los nidos de otras especies, y como la cuestion era importante de resolver, porque determinaba si el ave era ó no un cuclillo, resolví estudiarla. Durante largo tiempo fueron inútiles mis investigaciones; pero al fin recogí un primer dato el 5 de marzo de 1850. En un bosque de mimosas de los alrededores de Siut maté siete coccistes, entre los cuales se contaba una hembra que tenía un huevo formado en el oviducto; desgraciadamente, el plomo rompió este huevo, y solo encontré los restos; pero bastaron para demostrarme que aquel difería mucho del que pone el cuclillo gris. Además de esto, y aquí estaba el punto mas importante, conocia ya la estacion de las puestas, estacion que varía mucho en Africa; mas aun pasaron dos años antes de saber á qué atenderme.

El 2 de marzo de 1852, perseguí largo tiempo á un coccistes en un jardín de los alrededores de Tebas (Alto Egipto); al cabo de media hora le vi deslizarse en un nido situado en un alto árbol. Guardéme bien de molestarle, y como quiera que al cabo de un cuarto de hora se alejara volando de los alrededores, subí al árbol y encontré un nido de corneja cenicienta con seis huevos, uno de los cuales acababa de ser roto. De estos seis huevos reconocí desde luego dos que se parecían mucho, por el tamaño y el color, á los de la corneja, solo que eran un poco mas pequeños y no se podían confundir con los de ninguna otra ave. Apoderéme de ellos y los trasladé cuidadosamente á mi barca para compararlos con los restos de que hablé antes, y con gran satisfaccion noté la mas completa semejanza. Tenian, poco mas ó menos, el tamaño de un huevo de urraca y la forma de los del cuclillo. «Su color, como lo ha dicho Bædecker, es verde azulado claro, con manchas apiñadas de un gris ceniciento y pardusco, que se reúnen hácia la punta gruesa, formando como

una corona mas ó menos completa. Además de estas manchas hay algunos puntos de color pardo oscuro. Los huevos no se pueden casi comparar, ni menos aun confundir con los de urraca ó de corneja, pues difieren por la forma, por el grano de la cáscara, por el dibujo y el color.»

Este primer descubrimiento bastaba ya para dejar sentado cuál era el modo de reproducirse el coccistes. El 12 de marzo tuve oportunidad de hacer con este motivo una nueva observacion: en un jardín formado de bosquecillos de árboles, como todos los de Egipto, oí resonar el grito discordante de un ave de la especie, *kiekkiék, kiek, kiek*; di principio á la caza y maté dos individuos adultos, pero vi un tercero, joven aun, que era alimentado por dos cornejas cenicientas. A partir de aquel momento, hice registrar todos los nidos de estas últimas aves y el 19 de marzo encontré otro huevo de coccistes.

No me ha causado sorpresa el oír que tal descubrimiento se pusiera en duda y hasta se negara; pero lo que me ha escandalizado es que se considerasen estos hechos, referidos con toda exactitud y presenciados por mí, «como hipótesis que habria yo buscado fraudulentamente para sostener lo que decia,» apoyándome en las charlatanerías inconscientes de un joven sirio. Por fortuna he hallado mas tarde una nueva confirmacion de esta hipótesis: poco despues de mi llegada á Madrid trabé conocimiento con los naturalistas de la capital; en su círculo se hablaba de tales ó cuales animales, cuando un celoso coleccionista me preguntó si conocia el coccistes grajo, á lo cual contesté afirmativamente. «Pero, ¿sabe usted algo acerca de su manera de reproducirse?—Sí señor, repuse.—Eso es imposible, replicó, pues yo soy el primero que ha descubierto algo sobre el particular; ¿qué es lo que sabe usted?» Yo conocia las aves de España; podia indicar con mucha probabilidad cuáles eran los padres adoptivos del coccistes; las corbinas no hacen mas que cruzar por aquel país; las especies de cornejas faltan por completo; y segun las observaciones hechas por mí en Egipto, solo la urraca podia servir de madre al coccistes, por lo cual la indiqué desde luego. «Tiene usted razon, se me contestó; pero ¿de dónde sabe usted esto?» Referí entonces lo que habia visto, y el coleccionista español me dió cuenta de sus observaciones.

Llamó su atencion el hecho de haber hallado en nidos de urraca huevos algo distintos de los suyos, sobre todo mas pequeños: pidió informes á unos excelentes cazadores, y supo que el *cuclillo* era el que ponía en los nidos de urraca. El hecho le pareció imposible, pues los huevos que habia visto diferian notablemente de los del cuclillo; comenzó á buscar por sí mismo, y descubrió al fin que aquellos eran depositados por el coccistes.

Sin embargo, no le correspondia á él la gloria del descubrimiento, pues ya mucho antes, un antiguo naturalista alemán llamado Miege, habia observado que los coccistes jóvenes recibian su alimento de las urracas; si bien no dió al hecho la necesaria publicidad. Mi digno interlocutor podia creerse con derechos de prioridad, y acaso se resintiera su amor propio cuando le dije que ya se habia anunciado el hecho al mundo sabio.

Hoy día, la cuestion está ya completamente zanjada. Algunos años despues de mi viaje á España, Tristram exploró la Argelia, y halló huevos del coccistes grajo, semejantes á los de la urraca de Mauritania (*Pica mauritanica*). Segun dice, esta ave no se limita á poner en el nido de la urraca, sino que cubre tambien sus huevos, pues encontró dos á punto de abrirse en un nido que acababa de abandonar un coccistes: los relatos de los árabes confirman esta opinion, pero sabido es que estos arreglan siempre su contestacion segun la pregunta, es decir, segun la opinion que en esta se da á entender.

En 1861 y 1862, Allen y Cochrane recorrieron el Egipto: ya eran conocidos los padres adoptivos del coccistes grajo, y no les fué difícil encontrar en los nidos de la corneja cenicienta huevos é hijuelos de la especie parásita. Allen no halló sino dos de los primeros y tres de los segundos, apareciendo dos en el mismo nido; pero Cochrane, mas afortunado, descubrió trece huevos y doce hijuelos, todos en los nidos de la corneja cenicienta: en tres de estos habia dos de los primeros, y en uno dos hijuelos del coccistes.

De las observaciones de Allen, resulta que los individuos jóvenes de la especie se desarrollan mas pronto que sus hermanos adoptivos, pues cuando estos se hallan todavia desnudos, los otros aparecen cubiertos de plumas. Vemos, pues,

que los huevos de coccistes se desarrollan antes que los de la corneja: la opinion de Allen, segun la que no deposita el coccistes sus huevos sino en un nido de aquella ave, cuya puesta se ha completado, no es del todo exacta, segun mis observaciones. «Parece, dice Allen, que el coccistes solo pone en aquellos nidos de corneja, situados en los bosquecillos de mimosas; yo no encontré nunca huevos en los que estaban en árboles altos.»

«En Palestina, dice Tristram, he visto á las cornejas anidar indistintamente en los árboles aislados, en las rocas ó en las ruinas, y he observado tambien al coccistes grajo que deposita los huevos en sus nidos. Adquirí varios de aquellos y noté que los de corneja estaban á punto de abrirse en un

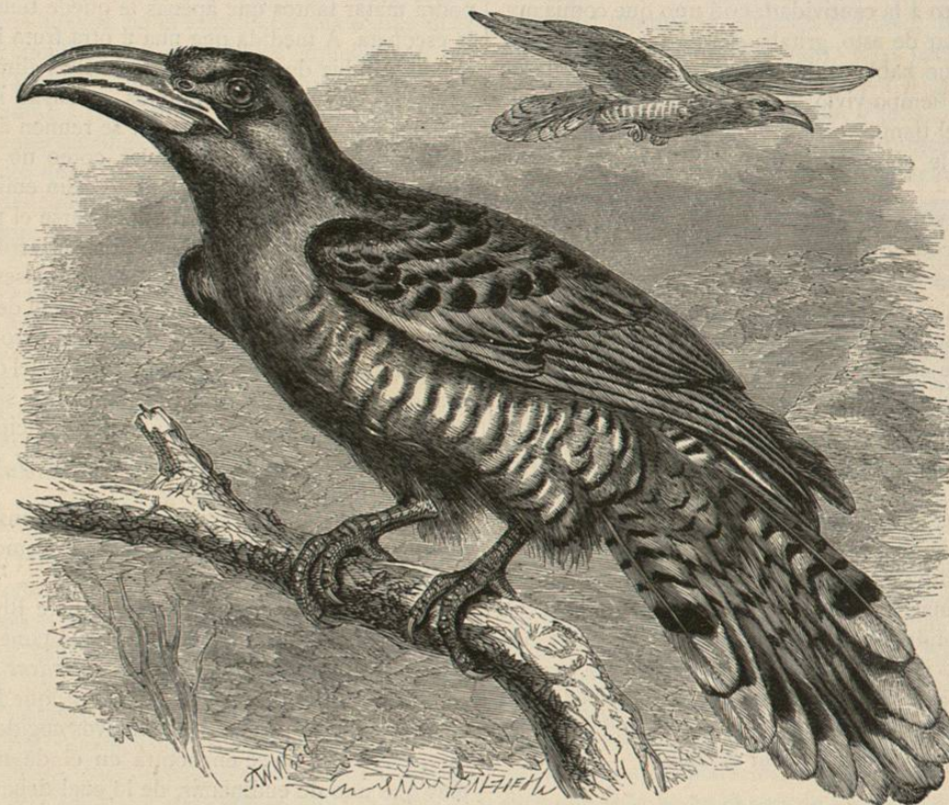


Fig. 49.—EL ESCITROPE GIGANTE

nido, mientras que los del coccistes apenas se encontraban en el principio de la incubacion, lo cual era debido acaso á circunstancias desgraciadas. He tenido la suerte de hallar en las ruinas de Rabath-Ammon la prueba de lo que anunciaron Brehm, Cochrane y Allen, los cuales no encontraron estos huevos, en Egipto, sino en nidos de corneja; mientras que lord Lilford los vió tan solo en España, en los de urraca; yo mismo los descubrí en Argel, en los de la urraca de Mauritania.»

Si añadimos ahora que Lilford encontró en España un huevo del coccistes grajo en el nido de un cuervo, y Rey, en Portugal, cuatro en otros tantos de la urraca azul; y que sir John, en fin, fundado en sus propias observaciones hechas en Persia, designa á la urraca como madre adoptiva natural, habremos completado la lista de los padres adoptivos del ave hasta ahora conocidos, aduciendo una prueba mas para el hecho de que estas parásitas confían sus huevos exclusivamente á varias aves corvinas, sin empollarlos nunca de por sí.

En vista de todas estas experiencias, completamente conformes, Tristram no ha vacilado, como era de suponer, en rectificar la opinion arriba citada, declarando en 1869 que no puede haber duda sobre el hecho de que el coccistes grajo es

un ave parásita. En la primera edicion de esta obra no me referí á esa declaracion por creer que éste punto estaba ya completamente resuelto; pero con gran asombro veo ahora que Krueper, observador muy conocido en la Europa oriental y en el Asia Menor, viene á decirnos nueve años despues de la citada declaracion de Tristram, que hasta ahora no se sabe nada de cierto sobre la incubacion de ese cucúlido. En apoyo de su aserto alega que hay dos observaciones contrarias, la mia y la de una sociedad inglesa de viajeros, la cual pretende que el coccistes grajo pone sus huevos en nidos de urraca y los cubre. Segun la opinion de Krueper, los ornitólogos deben confirmar la exactitud de una ú otra observacion. Entre los campesinos griegos circula el cuento de que el coccistes grajo pone sus huevos en los nidos de las urracas y los cubre. «Debemos esperar, sin embargo, añade el citado naturalista, una afirmacion terminante, que sin duda no tardará en darse á luz.» A continuacion de estos párrafos, Krueper publica una carta de Gonzenbach, de la cual resulta que un cazador enviado por este último encontró en un nido de urracas dos polluelos de coccistes grajo y tres urracas pequeñas que podian tener unos veinte días de edad; pero todos habian muerto á consecuencia de un pedrisco. Es posible que esta